

ENTREVISTA A CARMEN CODOÑER MERINO

CATEDRÁTICA DE FILOLOGÍA LATINA

MERCEDES GARCÍA FERRER

grupogalatea@gmail.com

Carmen Codoñer Merino (Valencia, 1936) realizó sus estudios de licenciatura y doctorado en las Universidades de Valencia y Salamanca. En esta última, inició su carrera docente, que continuó en la Universidad de Madrid (cursos 1963-1966). En 1966 obtuvo la cátedra de Filología Latina, que desempeñó en la Universidad de Oviedo hasta el año 1969. Desde entonces ha ejercido como profesora en la Universidad de Salamanca.



Es autora de innumerables publicaciones, que abarcan todo el campo de la Filología Latina (ediciones críticas, traducciones, gramática y literatura), desde la época Clásica a la Edad Media y el Renacimiento. Participa activamente en la defensa de las humanidades con sus colaboraciones en prensa e impartiendo ponencias en congresos de ámbito nacional e internacional. Es cofundadora, junto a L. Callebat, de la Revista *VOCES* (Univ. de Caen-Univ. Salamanca) y actualmente directora honoraria de la misma. Dirige la colección ocupada en la edición crítica de las obras latinas de Nebrija. Es miembro del comité científico de numerosas revistas nacionales y extranjeras, y participa en proyectos internacionales convocados por la UE. Ha recibido el doctorado honoris causa por las Universidades de Caen, del País Vasco y de Lisboa.

P. *¿Cuál ha sido su campo de investigación y qué le llevó a especializarse en él?*

R. El tema de licenciatura y la tesis doctoral me fueron sugeridas por mi director M. C. Díaz y Díaz: la edición de una obra de Isidoro de Sevilla. Filología en el sentido italiano de la palabra. Los problemas que plantea la edición de un texto

son múltiples y tratar de resolverlos puede abrir numerosas vías de acceso al texto. La consecuencia es que se puede uno entusiasmar con cuestiones que, en principio, parecían lejanas; por ejemplo, el léxico, la sintaxis, los géneros literarios, etc. Con esto quiero decir que en estos momentos me ocupo no sólo de ediciones alto medievales, sino que mi trabajo se ha extendido a otros campos.

Hay que decir que, junto a esa serie de cuestiones que van surgiendo al hilo de cualquier estudio filológico, la docencia supone un plus. Siempre he dado clase de textos que iban desde autores del siglo I a. C. a autores del III d. C. y cada tres o cuatro años cambiaba de autor. Las clases, cuando se trata de comentario de textos, exigen adentrarse no solo en el texto que se comenta, sino en la obra entera del autor escogido: el momento histórico, su obra en relación con los antecedentes de género similar y con lo de que de peculiar tiene su expresión escrita, la transmisión de su obra. Todo lo cual lleva a “enamorarse” de géneros o de autores en los que no se había pensado antes.

Así que, en estos momentos, creo que la única respuesta sería tan amplia como indefinida. Mis trabajos de edición crítica se compaginan con el análisis de textos, siempre en la idea de, a través de ellos, intentar comprender una sociedad tan distante pero tan decisiva para entender nuestro propio mundo.

P. *¿Cuáles son las aportaciones más destacadas de esa etapa de textos en lengua latina?*

R. Es difícil ser objetiva. Creo que las ediciones de autores visigóticos han supuesto un avance, siempre mejorable, en el conocimiento de personajes concretos y de su época histórica. Actualmente trabajo sobre el periodo que se abre entre Séneca y la Hispania visigótica, la llamada Antigüedad Tardía. Continúo con la edición crítica de uno de los libros de las Etimologías, pero alternando con estudios de lexicología en gramáticos y glosarios. De su importancia no puedo hablar, sí puedo hacerlo de la satisfacción que me produce trabajar sobre ellos.

P. *En su ponencia del VI Congreso de Latín Medieval Hispánico, organizado por la Universidad de Alicante en 2013, Usted nos recordó que prefiere hablar de textos y no de literatura en lengua latina en esa etapa de transición ¿Por qué?*

R. En filología latina es preferible hablar de textos, porque hablar de literatura parece exigir una cualidad literaria, que muchos de los textos estudiados no tienen. En filología el único requisito exigible a un texto es el de su categoría escrita. Eso permite que un diccionario, un glosario o las actas de un concilio puedan ser objeto de estudio para un filólogo.

P. *Usted ha dedicado muchas líneas a autores hispanos como Séneca e Isidoro de Sevilla. ¿Qué destacaría de su producción y cuáles han sido sus principales contribuciones a la cultura en lengua latina?*

R. Son figuras y épocas distintas. Quien trabaja sobre el siglo VII debe conocer el siglo I y, si cuenta con una metodología adecuada puede trabajar sobre ambos, Séneca es apasionante; su obra, esta sí literaria, encierra una serie de datos

indirectos que, rigurosamente estudiados, aportan interesantes datos sobre las corrientes literarias de su momento en relación con el pensamiento del que es transmisor. Sus escritos permiten recrear cuál pudo ser el ambiente en que se mueven los círculos intelectuales ante el poder absoluto ya consolidado.

Por su parte, Isidoro, al igual que Séneca, constituye una figura única en el momento de afianzamiento de las nacionalidades resultantes de la fragmentación del Imperio. Aunque solo sea perceptible desde el punto de vista cultural, sus textos, cuidadosamente analizados, ayudan a comprender qué significa para esa época la cultura heredada y cuáles los aspectos que considera necesario legar a la posteridad; la Edad Media tuvo las *Etymologiae* como libro de referencia obligada.

P. Desde el *Corpus Thomisticum* de Busa (1970) hasta la actualidad, los corpus electrónicos y las bibliotecas de textos latinos on-line no han dejado de crecer en Alemania, EEUU, Italia, Bélgica, etc. En cambio, en la actualidad todavía no disponemos, por ejemplo, de las obras de Nebrija en un formato electrónico fácilmente reutilizable. *¿Para cuándo una biblioteca electrónica de autores hispanos en lengua latina como resultado de un proyecto interuniversitario? ¿Está la Universidad de Salamanca interesada en este tipo de proyectos?*

R. La Universidad de Salamanca, como institución pública puede estar, y de hecho lo está, interesada en muchos proyectos, pero supeditados a ciertos condicionamientos. En concreto, la Biblioteca General está procediendo a pasar a formato electrónico el Fondo Antiguo. Sin embargo, hay que partir de dos condicionantes: la cantidad y tipo del material que hay que procesar y el presupuesto del que se dispone. Es imprescindible establecer un orden de preferencia: hay joyas manuscritas e incunables – a veces ejemplares únicos en España -, y todo el fondo impreso anterior a 1800. Los impresos de Nebrija, salvo raras excepciones, no son excesivamente raros. Por otro lado, para proceder de modo rápido hay que contar con un presupuesto adecuado, que permita contratar a personal encargado del trabajo.

P. Uno de los aspectos que queremos recuperar en esta sección de la revista es el valor de la transmisión de conocimientos y, en especial, de los maestros. *¿Qué destacaría de las contribuciones de su maestro, D. Manuel Díaz y Díaz, al desarrollo de la filología latina?*

R. Don Manuel – siempre lo llamé así – es conocido como codicólogo excepcional en todo el mundo filológico. Pero el estudio de los manuscritos, cuando es profundo, va más allá del análisis material y de las consecuencias derivadas: datación, lugar de origen, tipo de scriptorium, etc. Siempre acaba recayendo sobre los textos y Díaz introducía otros aspectos de la filología: son conocidas sus ediciones críticas, sus observaciones sobre textos secundarios importantes para la reconstrucción de una sociedad, estudios sobre liturgia, sobre glosas al texto, etc. Verlo trabajar y escucharlo en esas ocasiones era la mejor aproximación para comprender qué había que entender por filología. Si algo hay en mí de las

cualidades básicas en un investigador, método y rigor en la aplicación, se lo debo a él.

P. Usted ha simultaneado la docencia con la investigación. ¿Qué importancia otorga a la conciliación de ambas actividades en la vida de un docente?

R. Para mí la docencia en la Universidad es inseparable de la investigación. Para transmitir qué encierra un texto es necesario haber trabajado sobre aspectos muy diversos: cómo se ha transmitido, cuál es el momento en qué se ha escrito, cuál es la realidad lingüística y en qué medida el texto que se comenta es innovador o no, cuál es la posición respecto a las tendencias anteriores, en qué medida el pasado y también el presente repercuten sobre la creación del texto y, a su vez, cómo el texto influye sobre los hombres de esa época y posterior. De ahí surge una idea personal sobre el autor y la obra, que debe partir del conocimiento de trabajos de investigadores anteriores. Toda esta preparación es la razón de que, en ocasiones, se acabe escribiendo sobre los autores que se explican en clase: Séneca, Tácito o Cicerón, en mi caso.

P. En los planes de estudio actuales, el latín se ha visto reducido incluso en los grados para filólogos y traductores. ¿Cuál es su percepción del peso que el latín debe ocupar en la formación de un humanista en la actualidad?

R. Lo que nosotros pensamos sobre el peso que el latín debiera tener en los planes de estudio, no importa a nadie. En estos momentos lo imprescindible e importante son las ciencias que tienen una aplicación directa, y el latín no la tiene, como tampoco la tiene la historia o la filosofía.

Es evidente que nuestras lenguas derivan del latín y los lingüistas que se ocupan de ellas debieran conocer el latín a fondo, así como los historiadores de historia antigua y medieval; que el conocimiento de la lengua latina permite profundizar en el conocimiento de una civilización fundamental en nuestra historia, que facilita la comprensión de las raíces de nuestras instituciones políticas y jurídicas. Las traducciones son válidas para el lector ajeno a cualquiera de estos campos, pero no para el investigador, puesto que, al tratarse de una civilización de la que nos separan muchos siglos, el traductor, aun siendo excelente, no puede transmitir la carga semántica de términos aparentemente equivalentes. Un solo ejemplo: traducir *amicitia* por “amistad”, es la única posibilidad del traductor y, al hacerlo, deja a un lado la carga socio-política que la palabra tuvo en determinados contextos. Se han mantenido formas, pero los significados han ido adaptándose al cambio experimentado por la sociedad en sus innumerables aspectos.

Y para terminar, aunque de nada sirva, hay que añadir que el aprendizaje del latín procura al pensamiento una capacidad analítica comparable a la que se proporcionan las matemáticas.

P. ¿Considera que la Universidad incorpora suficientemente los avances tecnológicos aplicados a la investigación y enseñanza de las humanidades y, en particular, en el caso del latín?

R. Los profesores de Universidad incorporan los avances tecnológicos existentes. Se puede facilitar por su mediación la visión plástica de ciertos puntos que antes tenían su refugio en los libros, se proporcionan recursos antes inexistentes, instrumentos que facilitan el trabajo sobre los textos, pero con un peligro evidente: que la simplificación lleve a pensar que es suficiente y decisivo lo que se alcanza por esos medios. Estamos inmersos en un proceso que tiende a animar al estudiante haciéndole creer que todo es sencillo. Y no es así. Cualquier materia exige esfuerzo y el latín no es una excepción.

P. *¿Conoce los esfuerzos de renovación metodológica del profesorado de latín y griego de Enseñanzas Medias? ¿Considera que la coordinación entre ambas etapas educativas podría mejorarse? ¿Cómo?*

R. No lo conozco, pero tiendo a pensar que –salvo excepciones- no existe una línea única. Que cada centro y, en ocasiones, dentro de cada centro cada profesor tiene su propio modo de enfocar la enseñanza. Y es más que evidente que la relación entre profesores de distintas etapas educativas debiera intensificarse.

Con independencia de la necesidad de renovarse, lo que pienso es que todo lo que se haga por transmitir con claridad que, detrás de conjugaciones, declinaciones, oraciones con *ut*, etc. hay unos textos que esperan ser leídos, que significan algo y descubren realidades de un tiempo lejano, distinto y atractivo, es tarea que no tiene precio. No es posible pasar a la Universidad sabiendo ya leer latín, pero sí conscientes de que el latín, como cualquier otro idioma, es vehículo de unos textos que contienen toda una historia de siglos: desde el siglo II a. C. al final de la Edad Media y que todavía en el siglo XVI el latín era lengua de cultura. Muchos de esos textos están todavía por estudiar, por interpretar y ponen a nuestro alcance la posibilidad de atisbar el transcurrir de una sociedad desaparecida cuya importancia es inútil negar.